

El paisaje de Tenerife en los libros de viaje franceses del siglo XVIII

Clara Curell
Cristina G. de Uriarte
Universidad de La Laguna

Viajar en el siglo XVIII supone no sólo el descubrimiento y acercamiento a otras culturas, a menudo poco conocidas, sino también la ocasión de dirigir una mirada crítica a los aspectos político-sociales de otras civilizaciones, tomando como punto de referencia el mundo occidental. En palabras de Jacques Chupeau:

«...le voyage est toujours le compte rendu d'une enquête, l'apport d'observations qui doivent servir à rectifier ou compléter une connaissance encore incertaine et incomplète du globe.»¹

La búsqueda del continente austral constituye un estímulo importante para emprender numerosas expediciones, lo que convierte al Pacífico en el destino de la mayoría de los viajes realizados en este periodo. A esto hay que añadir otras motivaciones no menos importantes que responden a intereses comerciales, político-coloniales y científicos. En un principio, estas exploraciones eran resultado de la iniciativa privada, si bien a partir de 1750, al contar con mayores medios económicos y técnicos, las grandes potencias europeas, entre ellas Francia, participan cada vez más en su organización y financiación, así como en la publicación de las relaciones de viajes. Pierre Berthiaume define la situación del siguiente modo:

«Plus qu'aucune autre forme littéraire, la littérature de voyage est liée aux enjeux économiques et coloniaux de l'Etat et aux politiques pratiquées par les autorités.»²

La literatura de viajes tiene su origen en el siglo XVI, aunque no adquiere sus «cartas de nobleza» hasta entrado el siglo XVII, cuando es reconocida por los lectores y por los propios viajeros como un género literario claramente

¹ Chupeau, Jacques, «Les récits de voyages aux lisières du roman», *R.H.L.F.*, n° 3-4, mai-août 1977, p. 537.

² Berthiaume, Pierre, *L'aventure américaine au XVIII^e siècle. Du voyage à l'écriture*, Ottawa, Les Presses de l'Université d'Ottawa, Cahiers du CRCCF, 1990, p. 4.

constituido, y, al mismo tiempo, emparentado con la historia³. Esta última característica es la que lleva a afirmar a Furet en el siglo XVIII: «Le voyage est histoire»⁴. Recordemos que en este momento no se puede hablar de disciplinas claramente delimitadas, por lo que la geografía, la historia, la cartografía y la literatura se hallan estrechamente relacionadas entre sí. En el caso del género que nos ocupa, hay que tener en cuenta que uno de los objetivos principales de estos viajes era el contribuir al desarrollo de las ciencias, siendo precisamente esta finalidad práctica la que explica la abundante producción de libros de viajes y «arts de voyager».

La proliferación de este tipo de narraciones justifica el hecho de que varios estudiosos hayan elaborado diferentes clasificaciones de las mismas. Así, Berthiaume⁵, ampliando la distinción binaria de Numa Broc⁶, establece cuatro grandes grupos que constituyen los modelos más frecuentes, sin olvidar un número considerable de textos que responden a formas mixtas. A finales de siglo, como consecuencia de su evolución, estas categorías quedan reducidas al itinerario de viajes, de carácter lúdico o intelectual, a las relaciones de misioneros, que responden a objetivos didácticos y religiosos, y, por último, a los relatos de campañas científicas.

En su artículo dedicado a los viajes en el periodo clásico, y concretamente a los que tratan de Canarias, Rita Muller afirma:

«Les Canaries elles-mêmes étaient rarement le vrai but des voyageurs: elles jouaient un rôle important comme point de repère et centre d'approvisionnement pour la traversée de l'océan atlantique.»⁷

En efecto, debido a su posición geográfica, el archipiélago canario constituye, para las naves procedentes del norte, una primera y necesaria escala, no

³ Doiron, Normand, «L'art de voyager», *Poétique*, n° 73, febrero 1988, p. 81-108.

⁴ Furet, F., «La Librairie du royaume au XVIII siècle», *Littérature et société*, Paris-La Haya, Mouton, 1965, citado por D.H. Pageaux, «Voyages romanesques au siècle des Lumières», *Etudes littéraires*, agosto 1968, p. 207.

⁵ *Op. cit.* p. 316.

⁶ Numa Broc en su obra *La géographie des philosophes. Géographes et voyageurs français au XVIII^e siècle*, Paris, Ophrys, 1975, p. 58, distingue entre el viaje «espontáneo y pintoresco» y el que responde a una organización interna, que denomina respectivamente viaje-itinerario y viaje-descripción.

⁷ Müller, Rita, «Les récits de voyage français du XVII^e siècle en prenant en considération les Iles Canaries», *VIII Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria - Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1991, t. II, p. 338.

sólo para el avituallamiento de las tripulaciones⁸, sino también por los estímulos mercantiles que ofrece. En otras ocasiones, su naturaleza volcánica, su peculiar vegetación, y la presencia del Teide, durante tiempo considerado por los navegantes como la montaña más alta del mundo, constituyen razones suficientes para que algunos científicos permanezcan una temporada en las islas. El objetivo era doble: por una parte, conocer la posición exacta del archipiélago ya que el meridiano inicial de los antiguos navegantes pasaba por la isla del Hierro y, por otra, estudiar en profundidad su historia natural, especialmente la de Tenerife.

Por todo ello, nos ha parecido interesante seleccionar para el presente estudio un conjunto de cinco viajes, realizados en el último tercio de siglo⁹, en los que dicha isla aparece por uno u otro motivo. Así, el *Voyage fait par ordre du roi en 1771 et 1772, en diverses parties de l'Europe, de l'Afrique et de l'Amérique*, de Borda, Pingré y Verdun de la Crenne y la *Relation du voyage à*

⁸ Esta opinión es compartida por la mayoría de los viajeros, debido a la calidad y buen precio de los productos, y así lo confirma Bory de Saint-Vincent en *Essais sur les Isles Fortunées et l'Antique Atlantide, ou Précis de l'Histoire générale de l'Archipel des Canaries*, París, Germinal An XI, p. 231.

⁹ *Essais sur les Isles Fortunées et l'Antique Atlantide, ou Précis de l'Histoire générale de l'Archipel des Canaries*, par le J.B.G.M. Bory de St.-Vincent, París, Germinal An XI.

Relation du voyage à la recherche de La Pérouse, fait par ordre de l'Assemblée Constituante, pendant les années 1791, 1792, et pendant la 1 et la 2 année de la République Françoise, par le C^m Labillardière, París, An VIII de la République Française, T.I.

Voyage fait par ordre du roi en 1771 et 1772, en diverses parties de l'Europe, de l'Afrique et de l'Amérique; pour vérifier l'utilité de plusieurs Méthodes & Instrumens, servant à déterminer la Latitude & la Longitude, tant du Vaisseau que des Côtes, Isles & Ecueils qu'on reconnoît: suivi de Recherches pour rectifier les cartes hydrographiques, par M. de Verdun de la Crenne, Lieutenant des Vaisseaux du Roi, commandant la Frégate la Flore; de l'Académie de Marine établie à Brest; Le Chevalier de Borda, Lieutenant des Vaisseaux du Roi; de l'Académie Royale des Sciences & de celle de Marine; et Pingré, Chancelier de Sainte-Geneviève & de l'Université de Paris; Astronome-Géographe de la Marine, de l'Académie Royale des Sciences & de celle de Marine. París, 1778, T.I.

Voyage pittoresque à l'Île de France, au Cap de Bonne-Espérance et à l'île de Ténériffe, par M.J. Milbert, peintre embarqué sur la corvette le Géographe, et Directeur des gravures de la partie historique du Voyage aux Terres Australes. Avec un Atlas composé de trois cartes géographiques, et de quarante-cinq vues pittoresques dessinées sur les lieux, et gravées en partie par l'auteur, París, 1812, T.I.

Voyage aux Iles Ténériffe, la Trinité, Saint-Thomas, Sainte-Croix et Porto-Ricco, exécuté par ordre du gouvernement français, depuis le 30 Septembre 1796 jusqu'au 7 Juin 1798, sous la Direction du Capitaine Baudin, pour faire des Recherches et des Collections relatives à l'Histoire Naturelle; contenant des observations sur le Climat, le Sol, la Population, l'Agriculture, les Productions de ces Iles, le Caractère, les Moeurs et le Commerce de leurs Habitants, par André Pierre Ledru, l'un des Naturalistes de l'Expédition. Ouvrage accompagné de notes et d'additions, par M. Sonnini, París, 1810, T.I.

la recherche de La Pérouse, de Labillardière responden a una primera escala en el archipiélago. Por su parte, el *Voyage aux Iles Ténérife, la Trinité, Saint-Thomas, Sainte-Croix et Porto-Ricco*, de Ledru, el *Voyage pittoresque a l'île de France, au Cap de Bonne-Espérance et à l'île de Ténérife*, de Milbert y los *Essais sur les Isles Fortunées et l'Antique Atlantide, ou Précis de l'Histoire générale de l'Archipel des Canaries*, de Bory de Saint-Vincent, contemplan las islas como uno de sus destinos principales. Por otro lado, y siguiendo la clasificación de Pierre Berthiaume antes mencionada, los cinco relatos estarían incluidos en la última categoría, esto es, las relaciones de campañas científicas, cuyo modelo lo constituye el texto de Borda»¹¹.

La primera de las narraciones correspondientes a una escala es el *Voyage fait par ordre du roi en 1771 et 1772, en diverses parties de l'Europe, de l'Afrique et de l'Amérique*. Para llevar a cabo tal expedición, se armó la fragata La Flore al mando de Verdun de la Crenne, miembro de la Academia de Marina, que escogió en esta misma sociedad al resto de los oficiales: Borda y Pingré. El viaje de *La Flore* se interesaba en estudios sobre todas las ramas del arte naval, en particular sobre la higiene, y respondía asimismo a objetivos comerciales.

El segundo texto analizado es la *Relation du voyage à la recherche de La Pérouse* de Labillardière. El 9 de febrero de 1791 la Asamblea Nacional francesa ordenaba armar dos naves, *La Recherche* y *L'Espérance*, en las que serían embarcados sabios, naturalistas y dibujantes con la doble misión de buscar a La Pérouse, de cuya expedición no se tenían noticias desde hacía tres años y, al mismo tiempo, realizar investigaciones relativas a las ciencias y al comercio¹². A bordo del primer navío iba el naturalista Labillardière, elegido por el gobierno para llevar a cabo observaciones botánicas.

Con respecto a las expediciones que consideraban Canarias como objetivo, nos referimos en primer lugar a *Voyage aux Iles Ténériffe, la Trinité, Saint-Thomas, Sainte-Croix et Porto-Ricco* de Ledru, quien formó parte de la expedición del capitán Baudin, encargándose de lo referente a la botánica. Arribó al puerto de Santa Cruz el 6 de noviembre de 1796 permaneciendo en la isla durante cuatro meses debido a una avería del buque. La edición final del texto consta del manuscrito original de este autor completado con notas y adiciones de Sonnini.

El 19 de octubre de 1800 zarpan de Le Havre tres embarcaciones con destino a Australia que llegan a Tenerife el primero de noviembre. Entre sus integrantes viajaban el naturalista Bory de Saint-Vincent y el dibujante Milbert.

¹⁰ A partir de ahora nos referiremos a los textos con el nombre principal del autor.

¹¹ Berthiaume, *op. cit.*, p. 316.

¹² Labillardière, p. VII.

El primero de ellos escribirá sus *Essais sur les isles Fortunées*, que ofrecen un informe y un compendio de geografía e historia natural del archipiélago. Concretamente, en lo que se refiere a la botánica, Bory publicó un catálogo de 467 especies de plantas que constituye la primera lista extensa de flora de Canarias aparecida en letra impresa.

Por lo que respecta a Milbert, era el encargado de realizar los grabados para la parte histórica de la posterior relación de la expedición. Igualmente, hizo un relato del viaje hasta la isla Mauricio, en el que dedica un amplio pasaje a su estancia en Santa Cruz de Tenerife, ofreciendo una extensa descripción de la ciudad así como un listado de algunas de las especies vegetales¹³. Nuestra intención es, siguiendo el mismo itinerario llevado a cabo por los autores seleccionados, mostrar, a través de sus percepciones personales, los aspectos emblemáticos del paisaje de Tenerife presentes en todas las obras.

«Ténériffe, bouleversée en partie par le teu des volcans, ne présente, au premier aspect, qu'une masse irrégulière et crevassée de laves, de scories, de rochers entassés pêle-mêle, et comme jetés au hasard ...» (Ledru, p. 162)

En efecto, al llegar a la isla, lo primero que llama la atención del viajero es la extrema aridez del relieve volcánico. No sin razón Tenerife era conocida antes de su conquista como “Isla del Infierno” a causa de las numerosas erupciones sufridas, si bien es cierto que también la mitología reconocía la existencia de unas Islas Afortunadas cuya ubicación coincidía aproximadamente con la del archipiélago¹⁴. Esta última imagen es la que prevalece y la que origina testimonios como los que veremos a continuación, en donde el desencanto se hace patente. Las palabras de Bory de Saint-Vincent y de Milbert al acercarse al puerto de Santa Cruz resultan bastante elocuentes; así, el primero de ellos manifiesta:

«... des monts grisâtres et rapides, absolument décharnés, dont les sommets dentés et pointus présentent un aspect sauvage et imposant; une côte à pic et escarpée, qui n'offre nulle plage, et dont les roches déchaussées reçoivent immédiatement le choc des flots, sont tout ce qui frappe la vue: point de verdure, aucun arbre qui fasse servir de retraite aux oiseaux, aucune habitation qui fasse diversion de la monotonie de ce triste séjour...» (Bory, pp. 232-233)

¹³ Milbert, pp. 88-93.

¹⁴ Martínez, Marcos, *Canarias en la mitología*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1992.

al tiempo que Milbert declara:

«Cet aspect sauvage semble démentir l'épithète d'îles Fortunées que les anciens donnaient a ces îles, ou ils plaçaient les ames des bienheureux.» (Milbert, p. 10)

No obstante, esta impresión inicial se ve modificada a medida que abandonan la vertiente oriental y se adentran en la isla siguiendo la ruta habitual hacia el norte. Tal y como afirma Borda¹⁵, en Tenerife el agua era abundante y de buena calidad, lo que repercutía en la vegetación, mucho más frondosa y rica, de la parte septentrional. La mayoría de los visitantes expresa su preferencia por este tipo de paraje, como lo demuestra la reacción de Milbert al aproximarse a La Laguna y que constituye un claro ejemplo de este cambio de actitud:

«Je me réconciliai dès ce moment avec le pays, dont je pris une idée plus favorable.» (Milbert, p. 39)

Sin embargo, los mayores elogios son dedicados a la Villa de La Orotava, siendo varios los viajeros que destacan la fertilidad de su suelo y la riqueza de sus cultivos¹⁶. Su entusiasmo ante un lugar que consideran excepcional queda plasmado en unas descripciones que no aluden exclusivamente a los aspectos meramente botánicos, sino que también incluyen otros de distinta naturaleza. De este modo, vemos cómo en estos textos de carácter fundamentalmente documental se insertan algunos pasajes de contenido más subjetivo, alternándose así la aportación de información con comentarios de cariz personal. Según Debray-Genette:

“Décrire avec fidélité, même dans un récit de voyage, ce n'est pas énumérer, ni même classer.”¹⁷

Con el fin de poner de manifiesto la benevolencia del clima, la pureza del cielo, la exuberancia y el perfume de las flores, los autores no escatiman el empleo de adjetivos, exclamaciones y otros procedimientos estilísticos encaminados a ensalzar la belleza de esta localidad. Entre ellos¹⁸ destacamos el comentario de Ledru:

¹⁵ Borda, p. 99.

¹⁶ Labillardière, p. 13. y Milbert, pp. 56 y 76.

¹⁷ Debray-Genette, Raymonde, «L'empire de la description», *RHLF*, 1981, n° 4-5, p. 574.

¹⁸ Bory, p. 253 y Milbert, p. 76.

«Ce matin, j'en parcours les environs, et je ne peux me lasser d'admirer la beauté du paysage: quel ciel! quel climat! Une douce chaleur vivifie la campagne; ici des vignobles bien cultivés attestent l'industrie et la richesse des habitants; là, des jardins ornés de jasmins, de rosiers, de grenadiers, d'amandiers en fleurs, de citronniers, d'orangers en fleurs et en fruits, répandent dans l'atmosphère un parfum délicieux.» (Ledru, p. 89)

La fascinación que ejerce la ciudad en este último autor es de tal magnitud que, a pesar de haber conocido otros parajes igualmente hermosos, no duda en afirmar que si tuviera que abandonar su tierra natal elegiría La Orotava como lugar de residencia¹⁹. Por su parte, Bory de Saint-Vincent, después de enumerar distintos puntos de la isla, declara:

«...en arrivant à l'Orotava, frappé d'un spectacle encore plus délicieux, on est forcé d'avouer que nulle terre ne mérite mieux le nom de Fortunée.» (Bory, p. 252)

El camino que parte de La Orotava es el más utilizado para subir al Teide²⁰, última etapa de nuestro recorrido. Dicha ascensión ya se realizaba en el siglo XVII²¹ y constituye uno de los principales atractivos de la isla. Junto a observaciones de índole científica, los viajeros nos ofrecen sus impresiones, fruto del impacto que les produce la visión del Pico, desde cuya cima se puede llegar a divisar el resto del archipiélago²². Este carácter de superioridad se ve reforzado por la referencia que todos ellos hacen a su majestuosidad. Así, por ejemplo, Bory describe los montes circundantes «dominés par le pic qui se dessine majestueusement dans le lointain» (p. 250), Labillardière utiliza términos similares²³, en tanto que Milbert, el más elocuente, exclama:

«Voilà le fameux pic dans toute sa *majesté*. Quel spectacle, qu'il est imposant et sublime!» (Milbert, p. 51)

¹⁹ Ledru, pp. 91-92.

²⁰ Como indican Labillardière, p. 10, Bory de Saint-Vincent, p. 275 y Borda, p. 90.

²¹ Concretamente, Viera y Clavijo menciona a unos mercaderes que la hicieron en 1656, citado por Enrique Romeu Palazuelo, «Navegantes europeos en Santa Cruz de Tenerife. El capitán James Cook», *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 33, 1987, p. 13.

²² Borda, p. 89.

²³ Labillardière, p. 7.

Más adelante, recurre a comparaciones y a metáforas para resaltar aún más, si cabe, su grandiosidad:

«...il domine souverainement les autres montagnes et semble un roi au milieu de sa cour...» y «Je saluai avec une sorte de respect ce colosse immobile...» (Milbert, p. 51 y p. 53).

La figura del Teide aparece asociada casi siempre a las nubes blancas que rodean la cumbre²⁴ a modo de diadema, en términos de Bory²⁵. El colorido de esta imagen contrasta con el azul intenso del cielo²⁶ y con la tonalidad de la tierra, en donde se mezclan la arena, la roca calcinada y la piedra pómez²⁷. Haciendo gala de una gran sensibilidad, los naturalistas, ante la dificultad para expresar algo que no pueden definir sólo con palabras, apelan a la imaginación. De esta manera logran transmitir la emoción que les provoca el entorno por medio de descripciones que nada tienen que ver con aquéllas «arides comme des cartes de géographie», tan frecuentes en este tipo de relatos, a las que alude Bernardin de Saint-Pierre²⁸. Para ello, nadie mejor que un dibujante como Milbert que reproduce fielmente este cuadro utilizando términos propios del arte pictórico:

«Ce tableau magnifique, encadré par les montagnes voisines, contraste avec elles autant pour la teinte que pour la forme, et semble un fond de décoration colorié par un pinceau aussi savant que léger (...) Quiconque n'a point vu les montagnes du premier ordre ne saurait se former une idée de ces couleurs chatoyantes et dorées qui font étinceler les plus hautes sommités de la terre...» (Milbert, pp. 51-52)

Nuestra breve aproximación a algunos de los relatos de viajes llevados a cabo por expediciones francesas a Tenerife durante el siglo XVIII nos ha permitido comprobar que los viajeros, junto a observaciones de carácter estrictamente documental, recogen asimismo sus comentarios personales. Como ya hemos visto al principio de nuestra comunicación, su objetivo primordial, al igual que el de todo estudioso de la época, era contribuir al progreso de las ciencias: se trataba de expediciones cuidadosamente organizadas e integradas por expertos cuyas narraciones tenían un indudable rigor histórico y científico. Según Michèle Duchet, es evidente que esta circunstancia dejaba un escaso margen a la creatividad:

²⁴ Labillardière, p. 17, Milbert, p. 6.

²⁵ Bory, p. 233.

²⁶ Labillardière, p. 17 y 21, Milbert, p. 51.

²⁷ Borda, p. 98.

²⁸ Bernardin de St. Pierre, *Voyage à l'île de France*, citado por Michèle Duchet en «Aspects de la littérature française de voyages au XVIII^e siècle», *Cahiers du Sud*, 1966, p. 11.

«Voir, s'éclairer, s'instruire, ce rituel du Voyage au Siècle des Lumières laisse peu de chance à l'imaginaire, et peu de loisir pour goûter le charme des «ailleurs».»²⁹

Ello no es óbice, sin embargo, para que estos exploradores se sientan atraídos por la belleza, variedad y exotismo de los parajes recorridos y que lo reflejen en sus obras, tal y como hemos intentado mostrar en estas páginas. No queremos terminar sin aludir a las palabras de Viera y Clavijo, uno de los más relevantes estudiosos del archipiélago canario, quien—a finales del siglo XVIII—también expresó su admiración por nuestras islas en la introducción a su *Diccionario de historia natural de las Islas Canarias*, obra de incontestable carácter científico:

«Yo viajo por el país, lo encuentro sumamente fragoso y desigual; pero a cada paso se muda la escena, y voy descubriendo, con sorpresa agradable, diferentes puntos de vista y perspectivas que forman cuadros de paisajes, ya agraciados, ya majestuosos, ya risueños, ya terribles...»³⁰

²⁹ *Op cit.*, p. 9.

³⁰ José de Viera y Clavijo, *Diccionario de historia natural de las Islas Canarias. Índice alfabético descriptivo de sus tres reinos: animal, vegetal y mineral*, Edición dirigida y prologada por Manuel Alvar, Excma. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1982, LI.

